Tan presto tiene amor, como maltrata:
Es la muger en fin, como sangría,
Que á veces da salud y á veces mata.—Dixi.

E.—Yo tambien digo que ya es muy tarde. Está de Dios que nos hemos de desvelar siempre que platicamos. Ya se ve, ¡si ensartas mas que Sancho!

G.—Ya se ve, ¡si preguntas mas que un catecismo! Si no quieren que hable, tú, y otros como tú, que no me dén motivo para hablar, ni me busquen el pico.

E.—Dios te lo guarde para diversion mia y castigo del prójimo. Ahí volverémos á vernos una noche de estas.

G.—Cuando quieras, pues ya sabes que estoy á tus órdenes, pronto á cantar en canto llano ó en contra punto, como gustes, porque *al buen pagador no le duelen prendas.*

IV.

EL CONGRESO DE LOS DIOSES.

Sres. editores del *Siglo XIX.*—Su casa, Mayo 24 de 1843.—Mis muy apreciables Sres.—Me acaba de suceder un caso estupendo, y tanto, que quizá nadie habrá que lo crea, si no son vdes., á quienes la esperiencia y observacion ha enseñado á ver los mas raros fenómenos, sin las prevenciones de la ignorancia, y con la sensatez de la sabiduría y prudencia. Vdes., pues, darán al hecho que voy á referir, la fé que merezca ante el tribunal de la razon y si juzgaren que es acreedor á alguna, á juicio de los hombres sensatos, les suplica que le den un lugar en las columnas de su estimable periódico, su afectísimo servidor Q. B. SS. MM.—*Erasmo Lujan.*

Hay algunas personas á quienes la filosofía llama patriotas, y el egoismo necias, que se afectan de las cosas públicas en gran manera, *sin que les vaya nada en el gallo*, como suele decirse. Yo soy uno de esos necios ó patriotas, y por mas que me esfuerzo á hacer *orejas de mercader* á cuanto oigo, no puedo prescindir de apurarme demasiado, cuando veo que las cosas no van como yo deseo. Es verdad que no deja de influir algo en mi apuracion la bagatela de estarme muriendo de hambre en compañía de mi familia, pues tengo la indecible felicidad de pertenecer á los empleados del ramo judicial, con lo que ya está dicho que soy el antípoda de Creso, pues cada uno de nosotros los consabidos empleados, puede esclamar con toda esactitud: *Iro pauperior*. Si no lo quisiere creer alguna persona, ahí está la suprema corte de justicia y marcial, los tribunales superiores todos de la república, incluso el de México, los juzgados de primera instancia, &c., que no me dejarán mentir. Sin embargo, yo tengo la desgracia de ser uno de aquellos tontos rematados que á veces no escuhan el gruñido de sus tripas vacías con que claman por alimento, ocupados, ó mejor diré, estasiados en la consideracion de los males de la patria.

Una noche, en que se habia apoderado fuertemente de mí el *spleen* patriótico, con motivo de las ocurrencias de estos dias, y no tenia en la cabeza

otra cosa que denuncias, prisiones, pronunciamientos del Sur y de otras partes, guerras de Yucatan y Tejas, contribuciones, préstamo forzoso, miseria universal, alarma, &c. &c., me paseaba pensativo y cabizbajo por la banqueta del atrio de esta ca

tedral, reconcentrado de tal modo en mis tristes ideas, que ni veía, ni oía lo que pasaba junto de mí. Me sacó de este écstasis un jóven muy bien parecido, que me tomó por el brazo, me detuvo y me dijo: sígame vd. porque tengo que comunicarle cosas importantes. Yo, que aunque no tengo largos bi-

gotes, ni ando acompañado de un sable perdurable con vaina de acero, ni cargo cachorros fulminantes, y ni aun siquiera un cortaplumas, no dejo de tener alguna presencia de ánimo, le pregunté con voz firme:—Vd. ¿quién es y á donde me quiere conducir?—Eso lo sabrá vd. dentro de poco—me contestó.

Varias fueron las ideas que me asaltaron en aquel momento. ¡Si será un denunciante....! ¡Si será un conspirador .....! ¡Si será un oficial que vendrá con sus tres ó cuatro soldados disfrazados á retaguardia para conducirme á la cárcel llamada de la *Acordada*, ó á algun cuartel ó aposento de palacio, en donde las cosas importantes que tenga que decirme sean que quedo preso, incomunicado y con centinela de vista hasta nueva órden!.... Qué haré? Si doy voces, se reune gente, y si no es nada de lo que he pensado, sino alguna friolera, me pongo en ridículo, pues me reputarán por un cobarde espantadizo: si me viene á prender, hago público el hecho: pues lo mejor será hacer de tripas corazon, y seguir á este jóven, mucho mas cuando su aspecto interesa en su favor. - Vamos, le dije, y al instante tomamos la calle de la Moneda.

La anduvimos toda, la que sigue, la otra, de suerte que ya poco nos faltaba para entrar en el llano de San Lázaro. Mis temores se aumentaban á cada momento, y ya imaginaba que era un ladron,

que me sacaba à despoblado para robarme impunemente. Yo, como he dicho, iba desarmado del todo; pero él llevaba en la mano un bastoncito con unos que parecian cordones gruesos, enredados en él. Embebido en estos pensamientos, y sin determinarme á nada, caminaba maquinalmente, de manera, que, casi sin echarlo de ver nos hallamos en despoblado.

Entónces se detuvo y me dijo:

—Hemos venido de este modo para no llamar la atencion del público; pero ahora es necesario que caminemos de otro; porque tenemos que andar algunas leguas en pocos minutos, y lo primero que hemos de hacer, es salir de la garita sin que nos vean los guardas: esta es una cosa muy fácil, pues si los comerciantes meten y sacan *por alto* unos tercios que hacen mas bulto que nosotros, ¿cómo no he de poder hacer yo otro tanto, que soy el Dios de ellos?

—Peor está que estaba, dije paro mi sayo, sin duda he dado en manos de algun loco. ¿Qué será de mí?

Pero ¡cuál seria mi admiracion cuando ví que aquel jóven se calzó una especie de coturnos, que tenian unas alas á los lados, me tocó el hombro con su varita, y tomándome en brazos, al momento echamos á volar por la atmósfera con mas rapidéz que la de una águila! La sorpresa, la velo-

cidad con que hendiamos los aires, no me permitian aún resollar, ni mucho ménos pedir á mi conductor esplicaciones de todo lo que me pasaba. Habriamos caminado á mi parecer dos ó tres minutos, cuando tomamos tierra: recobré el aliento, dirigí la vista á todas partes, y me hallé sobre un suelo tan sóli- y blanco, que me pareció una roca de alabastro: por todos lados me veia rodeado de una llanura muy profunda y tan estensa que se perdia en el horizonte: sobre ella, pero bajo del nivel de mis piés, rodaban en la atmósfera á diversas distancias unas nubes tan blancas, que figuraban copos de algodon cardado. Mi conductor observaba mi admiracion, y parecia que se divertia con ella. Permanecimos un rato en silencio, y al fin lo rompió y me dijo.

—Conozco tu sorpresa, y para sacarte de ella, sabe que estás pisando la eterna nieve que cubre al rey de los montes de la América Septentrional, es decir, el Popocatepetl, que no reconoce por superiores en el mundo entero, sino á algunos picos de los Andes de la América Meridional, y algunos otros del Thibet. Este es el lugar que hemos elegido los dioses inmortales para tener nuestras reuniones, cuando venimos á tratar los asuntos pertenecientes á tu patria. Esta noche vamos á celebrar una de ellas, de la que mi padre Júpiter quiere que seas testigo: yo soy su hijo Mercurio, el

mensajero celestial, y me mandó que al efecto te condujera á este lugar, como lo he verificado. Vamos al salon de las sesiones.

El alma me volvió al cuerpo ese discurso, y no pude ménos de esclamar: ¡Oh padre Júpiter! ¡Oh celestial Mercurio! ¿Qué espresiones serán suficientes para manifestaros mi gratitud, por los estupendos favores que me habeis dispensado? Asistiré á un congreso donde siempre triunfarán la verdad y la justicia, al mismo tiempo que serán arrojadas al abismo la mentira y la iniquidad, tan pronto como se presenten. Encontraré entre los dioses lo que en vano he buscado entre los hombres. Allí no tendrá influjo el ministerio en las cuestiones que se traten. Allí cuando se vote un asunto de suma importancia, no variarán de modo de pensar los individuos que antes pensaban de una manera contraria, nada mas sino porque un ministro alega el irresistible fundamento de que la opinion del gobierno es favorable ó contraria al artículo. Allí no estarán pendientes las votaciones de la concesion de un empleo. Allí no habrá *capituleros*. Allí no habrá diputados que hagan oficios de correos de gabinete, y se salgan de las sesiones secretas, para ir á dar noticia al gobierno de lo que se trata en ellas. Allí no temerán los individuos del congreso que haya un pronunciamento en Huejotzingo ó San Luis Potosí, para que los disuelva el supremo go-

bierno, por haber desmerecido la confianza pública á juicio de los pronunciados. Allí..... Allí verás eso y mucho mas, me dijo Mercurio; pero no perdamos tiempo porque se hace tarde, y Febo tiene que madrugar para hacer su camino ordinario. Vamos adelante.

Sea en buen hora; pero permitidme, ó divino Mercurio, que descanse unos momentos, porque la carrera tan veloz que hemos traido me tiene todavia medio sofocado. El dios me dió su permiso, y empleé los cortos instantes que me concedió, en ecsaminar con alguna atencion lo que tenia delante de mis ojos. Observé entonces, que la vasta llanura que habia percibido á primera vista, estaba cortada por altas y prolongadas cordilleras de montañas, por rios caudalosos y lagos muy estensos. Me hallaba puntualmente en el límite de dos principales Departamentos de la república: el uno al Poniente, y al Oriente el otro. Ambos parece que han sido rivales en la industria: el primnro es aquel, cuya capital fué designada por una águila que descansaba en un nopal. Aunque el terreno era poco á propósito para el cultivo, los antiguos habitantes de su hermosa capital, formaron de toda ella un delicioso pensil, por medio de jardines flotantes sobre las aguas, que han admirado á los estrangeros, y aun les admiran hoy los pocos que han quedado. Prueba palpable de la industria de los mexicanos.

El Departamento de Oriente ha manifestado hoy, mas que en otros tiempos, la de sus hijos, para hilados y tegidos, peleando á brazo partido la *Constancia mexicana* contra los obstáculos de todo género, que se oponen á cada momento á los progresos de la industria.

Ambos Departamentos se prolongan hasta bañar sus costas en el mar Pacífico, y á su lado dirigiéndose para el Norte, siguen las del Departamento honrado con la gloria de ser patria de los principales héroes que proclamaron, sostuvieron y consumaron el grandioso proyecto que convirtió en nacion independiente, las que antes eran colonias españolas.

Continúa siempre al Norte, regado con las aguas de un lago que ha merecido el nombre de mar Chapálico, el Departamento que fué cuna de la federacion, y por una casualidad bien rara, lo fué tambien del plan de regeneracion de la república mexicana.

Se estienden despues hasta perderse en los desiertos del Norte, dos Departamentos que antes formaban uno solo, tan abundante en las riquezas de la agricultura, como en las de los metales. En una de sus llannras se encontraron granos naturales de oro, y alguno que pesó nueve marcos.

Esos Departamentos sirven por el lado oriental de continente al golfo que lleva el nombre del con-

quistador de la América septentrional, formando el otro lado la península fertilísima que siempre ha sido el objeto de la codicia estrangera, y en donde la república hace poco que recibió un insulto por un comodoro anglo-americano.

Volviendo la vista hácia la parte oriental del Departamento en que me hallaba, sin desviarla por las costas bañadas por el Pacífico, está unido al Departamento industrioso de que ya he hablado, y á continuacion se halla aquel en que se encuentran aún las ruinas del palacio de *Mitla*, y otras varias que escitan la curiosidad de los viageros. Ese Departamento nos recuerda las glorias de un héroe, que habiendo convertido el hisopo en espada, supo conquistarlo en pocos dias cuando era provincia del gobierno español, siendo acaso el primer golpe que hizo conocer á éste, que los mexicanos, aunque novicios en el arte de la guerra, sabian vencer á enemigos formidables. Pero tambien nos trae á la memoria el fin trágico de otro héroe, digno de mejor suerte, y que tuvo la gloria de haber conservado el fuego del patriotismo y amor á la independencia en las inaccesibles montañas del Sur, cuando ya parecia que estaba enteramente estinguido en toda la república. ¡Oh detestable furor de los partidos!

Dirigiendo mis ojos para pasarlos al Oceano Atlántico, ví el Departamento que se halla entre

el de que acabo de hablar, y el que hoy ha sido teatro de la guerra civil. Ese Departamento que sirve de paso entre los dos que he nombrado, es el que tuvo por obispo á un religioso santo, coetáneo con la conquista de la nacion, y que puede decirse fué el primero que comenzó á justificar la causa de independencia.

Pasé de allí al primero que por la parte oriental de la república se baña con las aguas del seno mexicano, que, como dije antes, es hoy teatro de la guerra. De este, corriendo la costa hácia el Norte, se encuentra otro que en tiempo del gobierno español formaba una sola intendencia con aquel, y que en la antigüedad pagaba su tributo á los emperadores de México en cacao, que lleva el mismo nombre del Departamento, habiéndolo éste tomado del *cacique* que reinaba en él cuando lo conquistaron los españoles.

A su lado sigue el Departamento que en los tiempos pasados fué testigo de la accion mas atrevida que presenta la historia de las conquistas, y consistió en haber barrenado los conquistadores las naves en que fueron conducidos, para quedar precisamente en el estrecho de vencer ó morir. Esta accion es original, y no tiene cosa que se le parezca en los anales del mundo; pero formando un contraste bien sensible con ella, vemos á su castillo y pabellon ultrajados por una nacion europea,

que supo aprovecharse de la conducta reprensible de un gobierno, que cuando tenia sobre sus costas á un enemigo formidable estrangero, se ocupaba únicamente en perseguir á los federalistas. Repito con dolor que ¡tanto puede el capricho de los partidos!

Continúa sobre la costa el Departamento que debe servir de escarmiento á los emprendedores. Allí tuvo un fin desgraciado el caudillo que en siete meses lograra lo que en vano se habia pretendido en once años de sangrienta lucha. ¡Ah! ¡Qué reflecsiones no escita este lugar! ¿Será que la Providencia no se alucina, como los hombres, con triunfos y honores mundanos, y que ante ella todos los individuos del género humano son iguales para merecer el premio ó el castigo, y que éste por ser tardo no es ménos seguro? Pero pasemos á los dos últimos Departamentos del seno mexicano, que antes formaban uno solo, y de los cuales en el mas septentrional, han sostenido una guerra obstinada algunos colonos á quienes generosamente dió acogida la república, y ahora pretenden separarse de ella.

Volviendo de frente hácia el Norte, ví en el estremo del Departamento que pisaba, colocados entre Poniente y Norte, dos pequeños Departamentos mediterráneos: en el uno se forjaron los planes de nuestra independencia, y en el otro se proclamaron.

Este se halla inmediato á aquel que fué la tumba de la federacion. Departamento digno de mejor suerte; pero que habiendo sido el último baluarte en que se atrincheró aquel sistema de gobierno, ha cargado con todo el odio que le tienen sus enemigos. A su lado ví un Departamento demasiado pequeño, que antes formaba parte de aquel, y del que solamente la rivalidad pudo haberlo separado. El principal tiene al Oriente aquel Departamento en que al principio de nuestra gloriosa lucha por la independencia, un ilustre aventurero español derrotó á sus paisanos, causó la mayor alarma, y dió muy malos ratos á los gobernantes de México, hasta que lograron sacrificarlo.

Al Norte del Departamento donde espiró la federacion, se halla otro, célebre entre otras cosas por sus minerales de hierro, semejàndose á este duro metal, la constancia con que siempre han sostenido los principios liberales, no solamente los hombres, sino tambien las mugeres.

Finalmente, entre los Departamentos litorales de uno y otro mar, ví colocados tres que por mucho tiempo han sido presa de los bárbaros en sus fronteras, y aun casi en sus capitales, teniendo el dolor de verse rodeados de tropas que poco ausilio les prestaban, ocupadas en otros objetos á que las destinaban los altos funcionarios de México.

Estaba yo absorto, tanto por la diversidad de objetos, como por la variedad de reflecsiones que

me suscitaban, cuando Mercurio me dijo: Ya has descansado bastante, continuemos nuestra marcha.

Vamos, le respondí: é inmediatamente subimos una pequeña altura que nos faltaba para llegar á la cumbre del *Pico.* Como quien corre una cortina se me presentó á mi vista un espacioso y magnífico edificio. La portada miraba al Occidente, es decir, frente á frente de esta capital. ¿Qué podré decir de ella? Basta asegurar solamente, que allí ví realizado lo que dijo Arriaza del templo de Venus:

De aquel mármol, que al alba en su blancura
Y en duracion al tiempo cederia,
Las columnas, los arcos eran hechos,
Que sustentaban los escelsos techos.

Atravesamos el átrio y entramos en el patio, cuyos cuatro lados estaban cerrados con otros tantos portales y galerías, fabricados de los mármoles y jaspes mas esquisitos. En este patio estaban los carruages de los dioses. La concha de Vénus tirada de blancas palomas: el carro de Juno de oro y marfil, tirado por sus vistosos pavones: el águila en que cabalga Júpiter: el carro de Neptuno con sus caballos marinos: el de Pluton hediendo á trementina y tiznado de negro humo, con sus caballos tambien negros: el de Baco, cubierto de pámpanos y arrastrado por tigres: el de Marte, tirado por cuatro frisones alazanes, formado en figura de tambor que parecia el banco en que se pica la carne en las carnicerías, segun estaba manchado de sangre, y tachonado de pedacitos de carne y huesecitos. No pude ménos que verlo con horror, y repetir aquella estrofita de Villegas:

El que gusta de parches (*),
Que muchos parches tenga,
Y el que de los escudos (†),
Que nunca los posea.

Ví otros carros de que ya no me acuerdo, y solamente eché de ménos al del Sol, aunque sus fogosos caballos estaban atados á unas de las columnas de los portales y cuidados por las Horas.

Pasamos el patio y subimos por una magnífica escalera á una no menos suntuosa galería, en cuya cabecera estaba la puerta que daba entrada al salon de las sesiones. En la puerta se hallaba Hércules de centinela con su clava al hombro. Como á esas concurrencias aun cuando sean de los dioses, no se asiste con armas, estaban arrimados á un lado los rayos de Júpiter, la espada de Marte, la

(*) *Alude á que los poetas llaman al tambor el* sonoro parche.

(†) *Juega con el equívoco de escudos tomados por* rodelas *y tomados por* monedas.

lanza de Palas, el tridente de Neptuno, y aun el riso de Baco, y el caduceo de Mercurio que dejó allí antes de entrar en el salon, porque los dioses en su reglamento declararon que los bastones eran armas, y que de consiguiente no podia asistir nadie

con ellos á las sesiones. Tambien estaban juntos los arcos y carcaxes de Cupido y Apolo; y en otro rincon muy distante los de Diana; y un genio de los que se hallaban de guardia, me dijo que Diana tomaba esta precaucion, porque las armas con que se defiende la castidad, suelen destemplarse cuan-

do se juntan con las del amor; no así las de Apolo, porque enamorados y poetas *pari pasa currunt*, y por eso están casi siempre *juntitas*.

Entramos al salon. ¿Quién podrá describirlo? No es empresa para entendimientos humanos. Puede cualquiera formarse alguna idea confusa de lo que era, figurándose en la imaginacion cuanto le sea posible un palacio como el del Sol, segun la descripcion de Ovidio.

> Regia Solis erat sublimibus alta columnis,
> Clara micante auro, flammasque imitante pyropo;
> Cujus ebur nitidum fastigias summa tenebat:
> Argenti bifores radiabant lumine valvae.
> Materiam superabat opus.....

En el pavimento se veian dibujados los mares, continentes, lagos é islas que forman la superficie del globo terráqueo. La república mexicana se estendia desde la zona tórrida hasta casi tocar con la frígida, bañadas sus dos costas por el Atlántico y el Pacífico: cordilleras altísimas, profundos valles presentaba por donde quiera, terrenos vírgenes, que solo esperaban la mano del cultivador para proveerlos de frutos en tanta abundancia, que sobraran con mucho esceso para sustentar una poblacion cuádruple de la que ecsiste. El hombre pensador y patriota, no podia ménos de conmoverse al ecsaminar en su verdadero punto de